

Días de espera

El gato y el ratón, de Günter Grass (DeBolsillo) | por Juan Jiménez García

Podríamos explicar tantas cosas al hilo de la vida de Günter Grass (y de la muerte) que al final no habría ni gato ni ratón, sino un largo lamento, una historia natural de la estupidez, que no deja de repetirse desde que el mundo es mundo, pero que ha alcanzado el nivel del bochorno desde que este es un conjunto de redes, un conjunto de colectores por los que fluye lo sucio hasta desembocar en la nada. Un montón de ruido instalado sobre el silencio. Tampoco Grass fue ajeno a ello y de nada le sirvió nada, en especial su obra, porque él había escrito y había dejado escrito y había hablado y había dejado dicho. Tras aquella literatura de los escombros, suerte de neorealismo literario alemán, cuando los alemanes empezaban a creer en milagros (y qué mayor milagro que olvidarlo todo a solo unos años de distancia y con los asesinos entre ellos), empezó Günter Grass a publicar su obra. El escritor no fue, a la manera de Heinrich Böll, a desvelar lo que aún estaba entre ellos, sino que volvió hacia aquel tiempo que vivió como niño y adolescente: el ascenso del nazismo, la guerra y la derrota. Todo desde aquel lugar lejano, Danzing, ciudad libre, más tarde, la Gdańsk polaca, tras pasar por la ocupación nazi.



Bueno, bien. El caso es que en 1959 llega *El tambor de hojalata*, la historia de ese niño que deja de crecer tras caer por unas escaleras y que, acompañado por su tambor y un grito atronador capaz de romper cristales, atravesaba las primeras causas del ascenso del nacionalsocialismo al poder, con Hitler al frente. Para Oscar Matzerath, dejar de crecer no fue un accidente, sino un acto elegido, buscado. Cómo no ver en él el tiempo detenido de una Alemania

ahogada por sus propias ambiciones, producto de una derrota mal digerida y una opinión demasiado elevada de sí misma. Ay, cuántos ecos del pasado en el presente... mientras de nuevo miramos para otro lado y lo confundimos todo, como se confundía entonces, en esa sopa de pobres. Tras *El tambor de hojalata*, que va le convirtió en un referente (también

para el lanzamiento de piedras), llegó *El gato y el ratón*. Y tras *El gato y el ratón*, *Años de perro*. Y ellos eran la trilogía de Danzing, y en cierto modo eran como vuelos rasantes de una avioneta sobre un mismo instante pero distintos sujetos y también distintas formas, porque más allá de la ironía, Grass tenía la habilidad de manejar la forma como un artesano. Un artesano que escribía de pie y era también artista.

Si para escribir un poco sobre el escritor elegí *El gato y el ratón* fue porque este fue mi primer libro. Bueno, no es cierto. Mi primer libro fue *Diario de un caracol*, que me dejó para siempre un personaje con el que identificarme: ese profesor al que llamaban Zweifel,

es decir, duda. Con todo, ese fue un verso suelto en nuestra relación de amor. Tendría que llegar ese siguiente libro para que a ese le sucedieran otros, y a esos otros, otros más, y ya éramos una pareja de hecho, nos encontrábamos de tarde en tarde, sin prisas pero sin olvidos. La historia de ese puñado de adolescentes alrededor de un barco abandonado, con una guerra que queda de algún modo lejos, o no cerca, pero que aparece como una fatalidad inevitable, discurre siguiendo la vida de Joaquín Mahlke, el Gran Mahlke. Visto por los ojos de Pilenz, ese admirativo narrador, este no deja de ser un antihéroe, que se aparta de las corrientes de la Historia hasta que la Historia le alcanza. Y cuando entonces ya no es ese antihéroe, sino, inversamente, un héroe, entonces empiezan sus dudas y hasta sus miedos, porque seguramente aspiraba a perderse en el fondo del mar, bajo ese dragaminas polaco, y luego en el cuarto escondido y encontrado, que solo él conocía y que convirtió en su refugio. De su cuello colgaban todas las cosas importantes, en un intento de distraer la mirada de su prominente nuez, ese ratón de movimientos ascendentes descendentes al que un día atacó un gato de los de verdad. Y las cosas importantes eran un destornillador o una medalla de la Virgen, una Virgen por la que sentía auténtica devoción. Y en ese mundo de una juventud que se deshilacha, como ropa vieja, se va desvelando la vida y también la muerte, y la escritura de alguien que también aspiró a una vida submarina y acabó en otro lado. Mientras, de vez en cuando, se encuentran con un niño que lleva un tambor de hojalata...

Un lugar, unas voces

Con otro sol, de Diego Angelino (MalasTierras) | por Óscar Brox

Dibujar el pasado. Algo así explicaba Diego Angelino cuando le preguntaron por los relatos que componen *Con otro sol*. "Se escribe mejor sobre lo que está olvidado". Esto último, cuenta en una entrevista, se lo dijo Bioy Casares. Entre Ríos fue el lugar de su infancia, escenario de los primeros años de aprendizaje. Por tanto, algo de todo ello seguía formando parte de su corazón. Rostros, voces, lugares, el monte, las historias con las que se vertebran tradiciones y comunidades. Entre Ríos era su Spoon River, su Winesburg o su Yoknapatawpha, su patrimonio emocional. Lo más cercano a un espacio en el que rastrear las huellas de ese otro árbol genealógico que construimos a partir de retazos de historias, de personajes y momentos. Solo que Angelino le dio el nombre de Campo del banco.

Con otro sol arranca con una imagen. Un árbol, el ñandubay campana, se alza lustroso y seco contra el cielo. El algarrobbillo, se podría decir, es lo poco que queda en una historia repleta de desaparecidos: el Gringo, las gallinas, los corderos, la Baronesa viuda o el hijo de los Frutos. Sin embargo, el hecho de que todavía permanezca ahí, recortándose entre los corrales, es suficiente para que Angelino cuente todas esas historias que uno imaginaría grabadas en la corteza del árbol. Tras la imagen, lo que queda es una narración sencilla, directa y, hasta cierto punto, transparente: este no es un lugar para vivir, sino el escenario de un destierro. De un olvido. Cómo explicar el maravilloso efecto de la escritura de Angelino, tal vez imaginando que sus palabras son granos de arena que se deslizan entre los dedos. Lo que cuenta, cómo lo cuenta, el éxtasis y la agonía de unos personajes, se derrama en las páginas con una mezcla única de calma e inquietud. Y no es tanto cuestión de la historia que explica, que necesariamente remite a un final de un tiempo o de una época, como el detalle de que la propia historia se va deshaciendo a medida que

la leemos. Notamos el paso del tiempo, el efecto de ese éxtasis y de esa agonía. Los personajes que, irremediamente, desaparecen -esos Frutos que se hacen cargo de todo, garantizando las justas provisiones de ginebra para la Baronesa- mientras el relato, breve, despliega las habilidades de su autor para narrar las cosas. Para dejar que respiren, que las escuchemos, trasladándonos allí donde la memoria aviva los fuegos.

Angelino dibuja ese ñandubay como una presencia entre las sombras del pasado, igual que la Baronesa que pasea de un lado para otro obsesionada, ella misma, en convertirse también en sombra. Otro recorte más que alguien pueda ver entre los corrales. Un mito, diríamos ahora. O decimos, porque al fin y al cabo así actúa la memoria con las cosas que no se pierden. Las vuelve espacios, lugares. Les concede tantos matices que casi no parecen ellas mismas. Les proporciona un brillo especial porque las saca del olvido. Las convierte, en definitiva, en historia.

La gran mayoría de los relatos de *Con otro sol* hablan de personas como si fuesen lugares. Son personajes consumidos por la tragedia o personajes que eligieron la tragedia porque, de alguna manera, era la única forma de no acabar devorados por el tiempo. Angelino escribe sobre el Linyera, el menor de los Álvarez, que era medio lobizón, o el cuarto hijo de los Alfaro, un loco descalzo que encarna a la figura del fantasma perdido en el bosque. Pero, tras ese impacto, con el arranque de literatura que Angelino imprime a todos sus relatos, quedan esos otros aspectos morales que son los que dejan el regusto tras la lectura: está el amor incestuoso de los Alfaro, que se concreta en un rosario de muertes y desdichas, o la obstinación de los Álvarez por tener descendencia, que convierte su historia, como escribe su autor, en una forma de desafiar a Dios y de tentar al Diablo. Pero también es la forma

que tiene la escritura de tentar a los resortes de la memoria, de hacer hablar a las cosas mientras narra el crepúsculo de unos rostros familiares. Qué bella, pues, la manera mediante la que Angelino nos brinda lo más parecido a un microcosmos, con unas coordenadas, personajes y situaciones definidos con la mayor transparencia, que se va deshaciendo a medida que leemos, cada vez más compulsivamente, los relatos que lo componen. Pocas veces escribir un ocaso ha resultado tan maravilloso; dejarse llevar por lo que el polvo, la geografía, los restos y las ausencias pueden decir de un lugar. Y qué forma de emplear la ficción como respiración artificial para devolverle el aliento a otro tiempo. A otra época. A todo aquello que está olvidado.

La edición de *Con otro sol* incluye una segunda parte, otra colección de relatos escritos algunos años más tarde por Angelino. Estos, más que continuar la línea geográfica trazada en la primera parte, apuntan hacia la (necesaria) evolución estilística de su autor y sus renovadas capacidades a la hora de ampliar y proyectar algunas de sus preocupaciones como escritor. En *El contador de historias*, por ejemplo, Angelino parece parodiar en primera instancia sus propias obsesiones -era una sola vapuleada historia, trajinada y rehecha a lo largo de dos décadas, corregida y perfeccionada-, para a continuación ofrecer una bellísima reflexión moral sobre el oficio de narrar y la relación, casi se diría carnal, que se establece con lo narrado. En esta otra parte, los relatos tienen un vuelo diferente, juegan con más registros y establecen una rica ampliación del imaginario angelino. Hay retratos, cartas, descripciones y situaciones. Hay literatura que resiste la embestida del tiempo. Hambre por seguir contando, por seguir perfeccionando ese aprendizaje de la memoria. Por dejar que hable el lugar y, en definitiva, por continuar escuchando sus voces.

Lejos del mundanal ruido

Los viejos creyentes, de Vasili Peskov (Impedimenta) | por Francisca Pageo

Los viejos creyentes tienen sus raíces en los tiempos de Pedro el Grande, quien debido a la gran purga que realizó hizo que estas personas huyeran con su religión tan particular allá donde otros humanos no llegaran, más allá de los ríos, los bosques y las montañas. Es menester esconderse del mundo. Es necesario que lo mundano no los ataña, los necesite. Y así, el grupo de anacoretas, de viejos creyentes, la familia de los Lipkovy vivieron sin saber nada de él durante 45 años, en un lugar apartado de toda vida humana de la Taiga rusa. Pero ellos no lo sabían, ni siquiera pudieron pensarlo: un grupo de geólogos los descubriría y su vida cambiaría pese a sus creencias, pese a todo. En la familia de los Lypkovy quedaban pocos miembros cuando los geólogos los descubrieron, más bien rápido, la familia fue disminuyendo y sería Agafia, la más joven, quien resistiría todo. Con mucha resistencia, se dejaron ayudar por los geólogos y aceptaron cosas a las que en un principio pusieron mucha resistencia: víveres, ropa, botas para aquel lugar tan perdido y a la vez tan pedregoso. Esta familia vivía con un pequeño huerto, con los árboles frutales del bosque que los rodeaba y con un río en el que poder ir a cazar algún pez de vez en cuando; pero esto solo cuando lo veían necesario, pues los Lypkovy no comían carne. Contaron a los geólogos su historia, que podemos ver aquí narrada, contaron cómo aprendían a leer y a escribir, con los antiguos escritos sagrados que tenían, contaron cómo vivían y cómo se las apañaban en sus largos inviernos, que duraban hasta más de 6 ó 7 meses. Los geólogos aportaron lo que los Lypkovy necesitaban en cada momento, pese a que ellos rehusaban a ello. ¡La sal! Habían vivido sin sal toda su vida. ¡Animales domésticos y con los que subsistir! Nunca los habían tenido. Poco a poco, empezaron a tener gatos, a tener cabras, a comer animales. E, incluso Agafia visitaría la ciudad. ¿Cómo no sonreír cuando visita el supermercado?

"Las personas son el producto del medio en el que han crecido, como dice el refrán: cada uno donde ha nacido y útil es cada pájaro a su nido", leeremos en el libro. Es obvio que estas personas, al nacer allí, no querían otra vida fuera de él, y vivieron hasta su final en las montañas, en los bosques. Con Los viejos creyentes asistimos a una historia de resistencia, de amor por la vida, de supervivencia y fe. Pese a todos los inconvenientes, los Lypkovy vivieron lo que querían vivir, pero tampoco conocían otra cosa. Una se pregunta qué habría pasado con ellos si no los hubieran descubierto.



Posiblemente habrían seguido viviendo su vida tal y como la vivían, posiblemente Agafia no hubiese descubierto cosas que también la hacían feliz, pero era su vida. *Los viejos creyentes* es la valiosa vida de unas personas que vivieron conforme a sus creencias, sin importar nada más. Estamos ante un libro esencial de esas historias que suceden en los márgenes, a pesar de todos y de todo. Una familia que nosotros también deberíamos descubrir, de la que podemos aprender y de la que podemos apreciar y preguntarnos qué es lo que rige nuestra vida aquí en las ciudades, pues nos hacen ver que otras vidas son posibles, a pesar de que no sean tan fáciles como las nuestras.

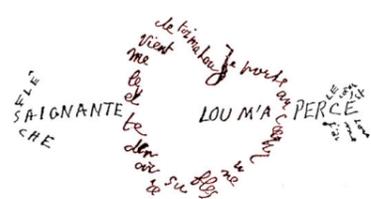
No buscar para encontrar

Lo extraordinario, de Georges Perec (Impedimenta) | por Juan Jiménez García

En su prólogo *Descifrar el espacio*, Guadalupe Nettel recuerda que en Todo lo que busco, el propio Georges Perec trazaba cuatro especies de espacios para aquello sobre lo que escribía: *el mundo que me rodea, mi propia historia, el lenguaje, la ficción*. Y en esos espacios se iba colocando su obra, aunque en buena manera esos límites se confunden y, como en su propia escritura, no hay confines ni límites que no puedan ser atravesados. Si nos atenemos a esta clasificación, *Lo extraordinario*, libro póstumo que recogía textos publicados en variadas publicaciones, estaría en el mundo que le rodea, puesto que, precisamente, lo extraordinario sería aquello sobre lo que construye su visión de este mundo. Pero también podría estar en el lenguaje, aunque no sea forzosamente oulipiano, o en su propia historia, desde el momento que recorre una y otra vez la calle de su infancia, la rue Vilin. Y es que esos cuatro cajones en buena manera estaban atravesados por un solo aliento, que es el del juego. Y su juego preferido, sobre el que incluso escribió ese tratado que introduce *La vida instrucciones de uso* es el puzzle (con permiso del crucigrama). Y en él nos dice que el puzzle más difícil es el puzzle que es todo blanco. Y, como no podía ser de otro modo, que es la escritura sino encontrar un sentido a esa imagen en blanco de la que siempre se parte, hasta construir algo que surge de ese mismo vacío-abismo. Pero ¿qué es lo extraordinario? Lo pequeño, aquello que escapa a nuestra mirada, pero que está ahí y que, tal vez, es lo importante. Intentar agotar los lugares describiéndolos. En algún momento, empezamos a detenernos en aquello que de algún modo estaba ahí sin ser visto. Decía Jean-Luc Godard, quién sabe citando a quién, que el mejor lugar para esconder algo era dejarlo a la vista. En *Still life/Style leaf* Perec se entrega a la descripción exhaustiva de su escritorio, de su mesa de trabajo. Desde las cosas importantes a las más nimias, deteniéndose en los detalles.



Entonces, de algo que se nos aparece como un algo informe, se van desprendiendo las partes, hasta volver conformar ese todo pero revelando otro sentido, una infinidad de posibilidades. En la *Tentativa de inventario de alimentos líquidos y sólidos que engullí en el transcurso del año mil novecientos setenta y cuatro*, lo anterior viene a unirse a otra de sus grandes pasiones: las listas. Los alimentos se suceden, agrupados, y no hay nada en ello más que eso, el inventario de esa tentativa, que sin embargo se convierte en algo fascinante, hipnótico. Como esas *Doscientos cuarenta y tres postales de colores auténticos*, que dedica a Italo Calvino, otro oulipiano. Se suceden los lugares, los días que quedan para el regreso, los besos de despedida, las quemaduras de sol, el tiempo meteorológico, las inocentes muestras de admiración por esos mismos lugares... No hay más y sin embargo ahí debe estar todo, porque esas y no otras son las postales que escribimos y con las que creemos atrapar esos espacios. Nada de todo lo que cuenta podría ser contado igual. Si algo caracteriza a lo extraordinario, es que puede estar o no estar, aún manteniendo su presencia. Y esto es así porque no es lo obvio, sino lo obviado. Cuando escribe sobre la rue Vilin, cuando vuelve a ella tras unos meses, y luego otra vez y una vez más y otra vez de nuevo, la calle ha cambiado. No solo por aquello que ha desaparecido o se ha transformado en otra cosa, sino también porque aquello que permanece. Por ello, la mejor manera de visitar una ciudad es la deriva. Siguiendo el consejo de Stendhal, Perec piensa que es el caminar sin una idea exacta de a dónde queremos ir lo que nos permitirá encontrar. Algo que nos remite a esa biblioteca desordenada donde puede que no encontremos lo que buscamos pero si algo que ni tan siquiera recordábamos ya. De nuevo, el juego. El juego asociado a la felicidad. La felicidad de escribir y de proponer.

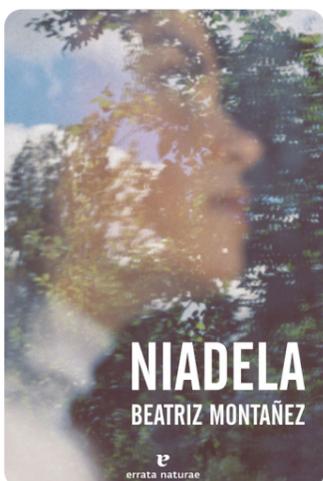


literaturas
litteratures en détour
litteratures.detour.es

Moverse entre las cosas

Niadela, de Beatriz Montañez (Errata Naturae) | por Francisca Pageo

A Beatriz Montañez la conocíamos como periodista y presentadora de televisión, pero más allá de todo esto también se lanzó a escribir, a partir de su experiencia de querer tener una nueva vida lejos de la ciudad. Fue así como eligió vivir en los bosques, al más puro estilo del *Walden* de Thoreau. Y este es, entonces, un libro sobre su su paso por ese lugar llamado Niadela. Con ayuda y mucho esmero, restauró una casa en mitad del bosque, lejos del pueblo más cercano, en plena naturaleza. Peleando con los insectos, Niadela se convierte así en un lugar de trabajo pero también de meditación, de escritura y creación.



Creo que en el fondo, todos los que leemos este libro, nos quedamos con una parte de Niadela dentro de nosotros, como si este fuese un lugar en que nos invitase a la alegría de vivir, a la pasión por una vida sin ruido y por el trabajo interno que se ve reflejado exteriormente. Es este un libro parecido al de Thoreau, como decía, pero también está de alguna manera ligado a *El camino de la vida*, de Tolstoi. Niadela es como un lugar en el que regirse por las estaciones, con todo lo que esto conlleva. Beatriz Montañez crea así un libro con el que sentir la naturaleza a pleno pulmón y también un diario de lo que esta representa y de lo que la rodea.

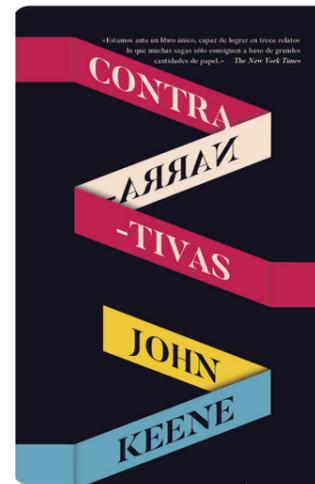
Contraescrituras

Contranarrativas, de John Keene (Pálido fuego) | por Óscar Brox

Antes de empezar su colección de relatos, John Keene invoca al fantasma de James Baldwin para preguntarnos qué es -para un autor, pero probablemente también para un lector- historia y qué no. Y qué hacemos con la Historia cuando esta resulta tan problemática para, por ejemplo, la raza negra. No en vano, la de los Estados Unidos está atravesada por el racismo y la esclavitud como un pasado mucho más tormentoso que su guerra civil o su escalada hacia la revolución industrial. Es esa clase de mancha humana presente en cada documento o narración, de la que no se pueden desprender los acontecimientos y que reclama, una y otra vez, hacer frente a los demonios del pasado. En ese sentido, no creo que Keene esté muy lejos de lo que autores como John Barth o Robert Coover han practicado en su literatura. Contranarrativas podría ser una muestra de invasión literaria o de ficción descolonizada, en tanto que su autor se vale de textos, anécdotas y situaciones más o menos históricas para intervenirlas y resituirlas desde otra óptica. Lo que Coover hace desde la ironía, practicando sexo con los referentes culturales más notorios de la Norteamérica pop, Keene lo hace desde el archivo y el documento. Contranarrativas podría evocar las ficciones meticulosas de Borges. Visto así, no cuesta imaginar a Keene perdido en la biblioteca del college entre legajos, archivos y piezas de época. La tarea, pues, funciona en dos direcciones: de un lado, la puramente literal. Keene parapetado tras el disfraz de cada época anotando, parodiando, imitando, reformulando o rescatando una escritura caída en el olvido. Puro músculo creativo. Del otro, en cambio, está el ejercicio de contraescritura: agarrarse a la letra pequeña del documento para encontrar al hermano o a la hermana que, de pronto, se sitúan como personajes centrales de la narración. El esclavo liberado que toma la palabra. El proscrito, el extraño o el ignorante al que Keene concede el tiempo suficiente como para convertirse en docto. O, simplemente, en alguien con una historia que contar. Otra Historia que su ficción rehabilita, pasando por encima de lo que tanto se ha escrito con anterioridad. Puro músculo moral.

Dicho así, la obra de Keene resulta un artefacto literario, cóctel molotov frente a las convenciones históricas cocinadas de Norte a Sur de América y vindicación de todos aquellos personajes marginales que, sin embargo, también ayudaron a contar su época. ¿Un ejercicio de estilo? Por supuesto, si pensamos en relatos como los del encuentro entre un George Santayana en pleno apogeo filosófico y un negro que tiene, por qué no, otras tantas preocupaciones filosóficas, que Keene explora a través de sendos diarios personales. O en esa investigación a caballo

entre la historia y la filología sobre el destino de un apellido en la formación del Brasil moderno. En un caso y en otro, el autor no renuncia a su disfraz, que es casi como decir a su aparente invisibilidad, mientras en todo momento se sirve de esos ropajes para fabricar la ficción más excelsa. O dicho de otra manera: Keene sabe cómo ser posmoderno sin tener que limitarse a ello. Su capacidad le da para ir más allá del disfraz del estilo, para socavar las bases de la historia de la América moderna y lanzarle a la cara todos esos personajes silenciados, marginados o triturados por años y años de violencia racial. Frente a Mark Twain, probablemente uno de los padres de la América moderna, elige la figura de un esclavo liberado, Jim Watson, para revisar la historia de los Estados Unidos de Huckleberry Finn y Tom Sawyer. En *Los aeronautas*, ambientada en esa América maltrecha que todavía mira con recelo fuera lo que sucede fuera del estado de Pensilvania, se las apaña para colar en los primeros viajes en globo al negro que ha tenido que vivir toda una serie de aventuras y dificultades para recalcar en el centro de investigaciones aerostáticas. La historia de sangre y fuego del catolicismo en las américas la reescribe un esclavo liberado y, en fin, Keene le da la vuelta a los tópicos para sacudirlos sobre la página en blanco. Quizá sería mejor decir exorcizarlos. Revolucionarlos. Ponerlos patas arriba. Como si pretendiese escribir una Nueva Historia, igual que hizo Alberto Savinio con los enciclopedistas franceses o Schopenhauer con la Filosofía c. Siglo XIX. Una muestra



de bravura narrativa e investigación moral -no en vano, la Historia hace aflorar las desigualdades, los discursos silenciados y las figuras marginadas- escrita como si se tratase de una filigrana literaria. La contraescritura de un documento. Qué es historia y qué no. Otra vez Baldwin. Otra vez la pregunta que flota en las páginas de Keene. La de *Contranarrativas*, definitivamente, lo es con h minúscula. Y, en cierto modo, el esfuerzo de su autor pone en evidencia cuántos elementos son necesarios para invocarla, para intervenir esa otra, la oficial, y parodiar la letra escrita en los documentos hasta convertirla, casi, en un grafiti. Keene es un invasor, como lo es también Coover o aquel Barth que imaginaba en la Bahía de Baltimore los temas y personajes de Bocaccio. Pero aquí el acento es todavía más moral y el estilo un arma preparada para reescribir el pasado. Reinscribir sus márgenes y sus notas de pie. Esos personajes olvidados que, de pronto, le roban el protagonismo a los que, desde hace dos siglos, se han erigido en voces autorizadas de la Historia. Un ejercicio de contraescritura. De contramoral. Definitivamente, de pura inteligencia literaria.

**Próximo club
Homenaje a los malditos**



Sábado 7 de mayo, 17:30
Llibreria Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia

Lista de correo

club.detour.es
newsletter



detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es | facebook/revistadetour
instagram/revistadetour | twitter/tidetour

l1briariaramonlull.com